

Jaime Vieyra García, *México: utopía, legado y conflicto*, México, Ed. Jitanjáfora, 2007, 415 pp.

MARCO ARTURO TOSCANO MEDINA
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Considero que el problema que Jaime Vieyra plantea y desarrolla en el libro *México: Utopía, legado y conflicto* es uno de los problemas más interesantes e importantes de la filosofía contemporánea, específicamente en el ámbito de la filosofía de la cultura: me refiero al multiculturalismo. El concepto de multiculturalismo incide en la historia y el presente de la vida sociocultural no únicamente de México, sino que constituye uno de los acontecimientos teóricos y culturales centrales de todo el siglo XX después de la crisis y caída del colonialismo europeo y de los grandes sistemas filosóficos del viejo continente. En efecto, el multiculturalismo expresa una realidad fundamental que durante siglos ha sido mantenida en un segundo plano en las teorías sociales. Hoy resulta muy difícil comprender las razones por las cuales en el pasado, prácticamente hasta el siglo XIX o en algún sentido hasta la primera mitad del siglo XX, se insistió en negar, combatir y reprimir la diversidad humana de formas de vida.

Desde los primeros desarrollos de la vida sociocultural del hombre su característica definitoria ha sido, a pesar de ciertas constantes generales o genéricas, la diversidad en todos los aspectos posibles: racial, religioso, mítico, estético, social, político, culinario, geográfico, lingüístico, etc. Sin embargo, también desde los primeros devenires de la vida sociocultural se ha presentado permanentemente y en las formas más variadas una tendencia, una voluntad, a veces ciega, nacida del mero instinto por defender lo propio y poner a raya lo ajeno, lo otro, lo diferente, y en otras ocasiones de una manera sistemática, premeditada, racionalizada, con un carácter casi misionero de imponer la propia realidad como si se tratase de la única y absoluta Verdad, Realidad, Bien y Belleza.

Con toda seguridad, ha sido la civilización occidental, sobre todo a partir de 1492, la que hizo de esta voluntad por imponer una sola Verdad (su propia verdad), su razón de ser. Efectivamente, desde el llamado descubrimiento de

América y la colonización de nuestro continente, Occidente, especialmente las potencias europeas que durante los últimos 500 años han jugado un papel protagonista: España, Portugal, Holanda, Inglaterra, Francia, a las cuales se sumó a partir del siglo XIX los Estados Unidos de América, no ha dejado de ejercer de las formas más variadas y en todos los ámbitos su voluntad de imponerse. La civilización occidental no sólo impuso su vida sociocultural en gran parte del planeta, en muchas ocasiones a sangre y fuego, destruyendo o desarticulando las formas de vida sociales y culturales nativas, y aún la vida humana autóctona, sino que además dejó tras de sí una triste herencia para los sobrevivientes y para los nuevos desarrollos raciales y sociales que nacieron como resultado de su intervención. Se trata de un pesado lastre que se mantiene todavía hasta nuestros días: la dificultad para relacionarnos con los otros, es decir, con los que son de alguna manera diferentes a nosotros pero con los cuales convivimos en un mismo territorio.

Nuestro país no ha sido la excepción en esta historia humana de recelo del otro, de su negación, su combate, su represión, inclusive dentro de uno mismo, es decir, no únicamente hemos buscado imponernos al otro que está fuera de nosotros sino que aún lo otro en nuestra propia condición lo tratamos de reprimir. La historia de México antes de la llegada de los españoles fue una historia que, si bien tuvo una raíz civilizatoria y racial común, se caracterizó por la manifestación de la diversidad lingüística, mitológica, estética, de los diferentes pueblos que habitaron el territorio nacional. Ni siquiera la voluntad de conquista y dominación ejercida por los mexicas, por ejemplo, pudo destruir esta diversidad. La llegada de los españoles supuso la destrucción y/o desarticulación de esta rica vida sociocultural autóctona y la imposición y desarrollo de un solo proyecto civilizatorio occidentalista. La emancipación respecto de la Corona Española no supuso para nuestro país el renacimiento real de esta diversidad de los pueblos sobrevivientes de la conquista y la colonización ni el nacimiento de una diversidad mestiza y criolla. Más bien lo que se construyó en México durante los últimos doscientos años fue el escenario en donde se han representado y donde se siguen representando los dramas, tragedias y comedias ante y por la diversidad que hemos sido y seguimos siendo, pero con la cual no hemos sabido, ni podido, ni querido, dialogar realmente, conciliarnos y enriquecernos con ella fuera y dentro de nosotros.

Es en este complejo contexto histórico y contemporáneo donde se inscribe el libro que hoy comentamos. Vieyra plantea y desarrolla tres perspectivas,

tres concepciones, tres problemáticas, tres formas de pensar y de vivir nuestra compleja relación mexicana con los otros y con nosotros mismos: José Vasconcelos, Miguel León-Portilla y Guillermo Bonfil Batalla. No son evidentemente las únicas posibilidades para pensar el pluralismo mexicano, pero sí son de las más representativas y me atrevo a decir que son las que todavía pueden llegar a provocar nuestro pensamiento. Sin pretender evitarles el placer intelectual y filosófico de leer el libro, sino más bien con la intención de invitarlos a que lo lean, quiero comentar algo sobre estas tres perspectivas que Vieyra aborda en su texto.

La primera de ellas es la de la utopía, concebida por Vasconcelos. Se trata de una curiosa forma de afirmar la diversidad negándola a favor de una unidad y un *telos* histórico-metafísico-teológico y racial; el pluralismo para Vasconcelos tiene que asimilarse, integrarse, sintetizarse en una única y definitiva posibilidad cultural, racial y civilizatoria que, naciendo en Iberoamérica se debe extender a todo el planeta, encarnándose en una Raza Humana Cósmica en la cual el amor, el espíritu y el gusto (no ya la imposición, la política y la guerra) sean las condiciones mediante las cuales la diversidad humana se sintetice armónica y plenamente. Utopía mestiza, utopía cristiana, que al estar sujeta a puntos de vista y condiciones predeterminadas, fijas, dadas, esencialistas, sustancializadas, se convierte, sin que haya sido tal el propósito de Vasconcelos, en una más de las figuras de aquella voluntad que niega, combate y reprime la diversidad buscando imponer una Verdad preexistente.

La segunda perspectiva que aparece en el libro es la concepción de Legado, referido en especial a la tradición sociocultural de los antiguos pueblos mesoamericanos que habitaron y siguen habitando nuestro país. Sería una necesidad pretender poner en duda el gigantesco aporte que Miguel León-Portilla, historiador y filósofo, ha hecho a la cultura mexicana durante los últimos 50 años en sus investigaciones sobre las culturas mesoamericanas prehispánicas, sobre su pensamiento, mitos, religión, política, sociedad, artes, etc. La vastedad de los materiales estudiados e interpretados sobre las creencias, los valores, las formas de vida, concebidas por los pueblos prehispánicos constituye un irrenunciable Legado; León-Portilla nos ha entregado un Mundo, un Universo intangible pero absolutamente real y experimentable. Nuestra relación con los otros y con nosotros a través de la alteridad que somos, se expresa positivamente en este Legado al aprender a tener en la alta estima que se merecen a aquellas culturas que permanecen

dormidas en nosotros como racialmente mestizos pero culturalmente criollos, al comprender que, al menos simbólicamente, aquel vasto universo cultural todavía parece estar animado atrayéndonos y repeliéndonos con la misma intensidad. Sin embargo, Vieyra nos señala los límites de esta recuperación o de esta académica concepción del Legado mesoamericano prehispánico que León-Portilla ha elaborado a lo largo de su extensa obra; en efecto, se trata de un Legado parcial, incompleto, abstracto, porque parece ignorar el conflicto entre la civilización prehispánica y la civilización europea, conflicto pasado y presente, conflicto no únicamente simbólico sino real. ¿Es posible superar los odios generados de tales conflictos si se les ignora o se pretende sublimarlos sólo simbólicamente? ¿Tiene sentido un Legado que sólo permanece y quiere seguir permaneciendo como un acervo intangible reservado a los estudiosos y a los museógrafos? Finalmente, ¿tiene sentido un Legado que queda sujeto a las expectativas ideológicas y a los intereses del Estado mexicano que busca legitimarse sentándose en el barril de pólvora de un nacionalismo sustentado explícita o implícitamente en la vida mesoamericana prehispánica?

Finalmente, Vieyra nos ofrece una tercera posibilidad mexicana para relacionarnos con la diversidad de la vida sociocultural en nuestro país: el Conflicto, y lo hace apoyándose en el antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla. Con toda seguridad es la perspectiva multiculturalista que más conexiones crea el libro. El conflicto entre el México Imaginario y el México Profundo es lo que permaneció oculto u olvidado en Vasconcelos y León-Portilla, y es lo que Bonfil Batalla no sólo describe sino que se aventura, en medio de las crónicas crisis del México Imaginario, a elaborar una alternativa al proyecto civilizatorio dominante en México, que se ha sustentado en el dominio de una minoría y en modelos socioculturales que nunca han terminado de fructificar en nuestro país, un nuevo proyecto civilizatorio que se nutre de la vida sociocultural mesoamericana prehispánica y posthispánica, de la cual deberá crearse una auténtica cultura mestiza y un Estado multicultural. No obstante los implícitos y explícitos acuerdos que muestra Vieyra con Bonfil Batalla, no deja de señalar sus dudas ante la vastedad del proyecto a realizar y de las siempre cooptadas condiciones socioculturales del México Profundo.

Como todo buen libro de filosofía, y el libro de Vieyra lo es sin lugar a dudas, no pretende contar con respuestas únicas y definitivas sino que más bien abre el pensamiento a la interrogación filosófica ante las complejas pro-

blemáticas que acompañan a la diversidad mexicana. Frente a las reflexiones demasiado apresuradas y superficiales que se acogen a cualquier propuesta de cambio sociocultural, Vieyra, como tiene que ser, abre más problemáticas de las que pretende solucionar. Pero al hacerlo de dicha manera, no entrapa al pensamiento sino que plantea las condiciones para pensar las soluciones, es decir, expresa las condiciones que una problemática tiene que contemplar para poder determinarse una solución o soluciones.

Para finalizar quiero hacer un comentario sobre el sentido y la importancia particular y general de la problemática planteada en el texto. Como mencioné al inicio, considero que el tema básico es la relación con los otros y con la propia alteridad cultural. En el contexto mexicano, lo que se juega en él desde hace al menos los últimos dos siglos no es únicamente nuestra interpretación y relación con el pasado sino principalmente las condiciones de nuestro presente y lo que esperamos del porvenir. La Utopía, el Legado y el Conflicto son tres figuras que expresan la concepción de uno de los problemas, si no es que el gran problema, de México: la existencia de al menos dos ámbitos culturales y sociales generales en la vida del país: uno, que se piensa a sí mismo como moderno o que ve a la modernidad como el modelo a seguir y cumplir; y el segundo, que poco o nada sabe de la modernidad, de su jerga ideológica, histórica y filosófica. En ambos ámbitos coexisten diversas fuerzas y protagonistas que anulan la tentación de homogeneizarlos.

Ahora bien, en el escenario más amplio de la vida humana este mismo espacio de manifestaciones está armado en nuestros días con el llamado proceso de Globalización. También en él la Utopía, el Legado y el Conflicto son las figuras desde las cuales es posible analizar e interpretar la diversidad racial, histórica y sociocultural de nuestro mundo globalizado, homogeneizado o americanizado. No faltan quienes de manera muy apresurada e interesada han planteado la utopía que virtual y realmente puede vislumbrarse entre las redes globalizadas y globalizantes: por fin un solo mundo humano, un mundo abierto, un mundo sin fronteras nacionales, ni estatales, ni culturales. No faltan tampoco los que reclaman para sí y para todos un presunto Legado humano, humanista, cultural, por fin universal o, cuando menos mundial. No obstante, el Conflicto está presente en este mundo globalizado, insolidario, mercantilizado, mundo del entretenimiento y del consumismo, mundo en el cual el Calentamiento global del planeta (el más reciente de los efectos de la Utopía modernizadora y globalizadora) es provocado por la potencia que con-

trola los hilos globalizadores (y en este control mediatizador radica precisamente su mayor perjuicio al proceso), a la vez que boicotea su combate y su solución. Es el Conflicto entre quienes se benefician de la globalización tal y como se ha dado y entre los que pagan los costos sin ningún beneficio económico, ni cultural, ni tecnológico. Tal es lo que en las figuras o los conceptos que dan título al libro de Jaime Vieyra se juega nacional e internacionalmente. En último término, se abre un interrogante tan viejo como la filosofía occidental o que permaneció de manera latente desde la aparición del hombre como ser sociocultural: ¿es posible que algún día, el otro, lo otro, los demás, sean un nosotros, una multiplicidad más allá de toda relación de dominio?

EDUARDO GONZÁLEZ DI PIERRO
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

El libro es un ejemplo magnífico del trabajo acucioso del que, como decía hermosamente Stendhal, posee el raro privilegio de “tener por pasión el propio oficio”, como es el caso del filósofo. Éste, que hoy es libro, en su origen fue un trabajo de investigación para la obtención del grado de Maestro en Filosofía de la Cultura. Decir “un trabajo” de investigación es, en verdad, decir muy poco. Son “tres trabajos” (al menos) de investigación. En efecto, al igual que el de la Santísima Trinidad, estamos aquí también ante un “misterio trinitario”; no es sólo metáfora humorista, porque en realidad se trata de “tres libros en uno” en más de un sentido. Es decir, no estamos simplemente ante la yuxtaposición de investigaciones separadas que se unen por cierto tema o *leitmotiv*; la cuestión es más compleja, me parece. Se trata de tres perspectivas sobre México, su condición y realidad, que se despliegan productivamente y se articulan de manera orgánica, como un mecanismo de relojería. Es una trilogía que no puede, que no debe, ser mutilada en volúmenes. Así como hay Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, aquí hay México Utopía, México Legado y México Conflicto. Las tres categorías enunciadas, que emanan de otros tantos pensadores sobre lo mexicano, expresan la consistencia ontológica de lo que fue, ha sido, es y puede ser nuestro país. La obra que hoy presentamos se muestra, *al mismo tiempo* tripartita y unitaria.

Quienes nos hemos enfrentado a la lectura del genial filósofo oaxaqueño José Vasconcelos, sabemos de las dificultades que implica su sistematización y su reconstrucción en un discurso filosófico que permita el acceso de legos e interesados; pues bien, el primer mérito que uno encuentra encarnado en la Primera Parte consagrada precisamente a Vasconcelos, es justamente la asunción del reto y las dificultades que acabamos de mencionar, por parte del autor; en efecto, Jaime Vieyra, con valentía —no encontraría otra palabra para la virtud que caracteriza su labor— va entretejiendo un entramado que hace justicia al autor del *Ulises Criollo* hasta dar como resultado un fino bordado conceptual que revela prácticamente la totalidad del pensamiento vasconceliano, desde la dimensión estética y metafísica que caracteriza la idea misma de filosofía, reconstruida con sutilísimas filigranas, pasando luego por el problema de lo identitario con el fuerte núcleo de la categoría de *Utopía*, enlazándose con el problema del mestizaje, tan caro a Vasconcelos, donde destaca, a mi juicio, el breve apartado titulado *El hombre total*, que incluye el proyecto de humanismo a partir de una visión propia y crítica de la cultura y del racismo —crítica que, en Vasconcelos, no deja de constituir una nueva suerte de racismo—, hasta llegar, finalmente a la importante, pero no siempre considerada teoría pedagógica del autor de *La raza cósmica*, que despliega, como pocas veces en nuestra literatura sobre Vasconcelos, una reconstrucción solidísima y muy completa de la pedagogía estructurativa y sus propuestas en que, como es sabido, la metafísica estética y espiritual del oaxaqueño debe articularse necesariamente con la concreción específica de la cultura o, mejor dicho, las culturas concretas, para que tenga verdadero valor en lo que llamamos educación o, mejor, formación espiritual.

Así, en el libro de Vieyra, el México utópico da pie al México prehispánico; y he aquí que emerge el nombre de Miguel León Portilla, quizá el único intelectual que ha pensado realmente a profundidad la importancia pasada, presente y futura de las culturas que habitaron nuestro territorio antes de la llegada de los españoles, en particular la Náhuatl, no únicamente como objetos de descripción etno-arqueológica, sino como instancias que perviven aún en el presente de nuestra nación y, sobre todo, dotadas de componentes civilizatorias culturales como la ética, la metafísica y la estética, por mencionar algunas, encarnadas en producciones culturales de valor inestimable y que vale la pena rescatar, no simplemente como curiosidades del pasado, sino

como elementos e indicios de revaloración sí del pasado, pero también del presente indígena que configura la realidad plural del país llamado México.

Jaime Vieyra articula en tres momentos centrales esto que, con León Portilla, llama “legado mesoamericano”, siendo el núcleo de la propuesta no tanto la descripción de en qué consiste tal legado, que preliminarmente reviste importancia, sino más bien la conciencia de tal legado y más aún la autoconciencia del mismo por parte de los pueblos indígenas. Los otros dos momentos se refieren al problema reestructivo de la herencia mesoamericana y la categoría misma de legado como la principal para definir lo que es la identidad cultural, teniendo que la principal tarea filosófica la constituye el estudio acucioso antes que de *la* cultura, así, en general, de *las* culturas, enfáticamente las culturas minoritarias; por encima de todas las cosas, se eleva la *autognosis* como el único medio —para Vieyra y para León Portilla— para alcanzar la conciencia y el conocimiento pleno de lo que es la propia identidad cultural sin caer en discursos puramente ideológicos o estérilmente conceptuales.

Finalmente, a partir de las consideraciones vertidas en el último apartado de la tercera sección de esta segunda parte, titulado “Los viejos y nuevos peligros culturales”, se transita de manera casi natural a la tercera y última parte, en la que el México Conflicto hace su aparición bajo la advocación del antropólogo Guillermo Bonfil Batalla. Esta última parte, desde un punto de vista metodológico, es un rico y fecundo ejercicio multidisciplinario presidido por la antropología cultural, alrededor de la cual rotan como planetas principales la filosofía de la cultura, la filosofía política, la historia, la etnología. El título mismo nos sugiere que estamos frente al momento “negativo” de la exposición vieyrana, aunque hay elementos propositivos que se construyen a partir de la negatividad propia de la categoría del conflicto.

El ejercicio de *autognosis* propuesto desde León-Portilla ve su cumplimiento en la descripción que Jaime Vieyra hace de la especificidad de la pluralidad cultural mexicana, como titula uno de los primeros apartados de esta última parte; sigue toda una sección teórica de gran alcance conceptual, en la que se suceden análisis en diversos niveles de categorías desprendidas de la central del conflicto, para llegar a formular cómo la alteridad cultural en nuestro país se ve completamente aniquilada, de tal suerte que, inevitablemente, se requiera de una nueva propuesta cultural que, desde Bonfil Batalla, Jaime Vieyra ve iniciar con la identificación del célebre *México Profundo* bonfiliano, momento propedéutico necesario pero nunca suficiente para diseñar el denominado

proyecto cultural pluralista, que se erige en alternativa a todos los intentos anteriores que a través de la historia han fracasado rotundamente por no considerar la riqueza de los saberes diferentes de *otras* culturas distintas de la occidental y no tomar en consideración el concurso de investigadores de distintas disciplinas, entre otras razones de dicho fracaso.

El resultado ha sido un monumento teórico-conceptual que retrata el carácter de nuestro México, con sus atributos principales de Utopía, Legado y Conflicto, en que este último da pie para volver a pensar de nuevo en la Utopía, formándose así una circularidad propositiva, pues la segunda formulación de la Utopía —desde Bonfil Batalla— es ya sustancialmente diferente de la utopía vasconceliana, aunque ambas estén sustentadas en una visión pedagógico-formativa del ser humano en su contexto cultural.

Es muy interesante hacer notar que en la parte conclusiva de cada sección y, por supuesto, al final de todo el recorrido mencionado, Vieyra muestra los límites de cada una de las concepciones que tan cuidadosamente ha reconstruido e interpretado, realizando ejercicios de crítica que nos recuerdan que estamos frente a una obra auténtica de filosofía y frente al despliegue de un ejercicio filosófico serio, profundo y riguroso.

Si relacionamos el libro con los tradicionales éxtasis temporales, es fácil identificar a la primera parte con el futuro, la segunda con el pasado y la tercera con el presente. En efecto, la categoría de Utopía, si bien presentada desde un pensador de nuestro pasado inmediato —Vasconcelos— está dirigida a una formulación proyectiva que nos lanza hacia un futuro promisorio que, en este caso concreto, no se ha visto, pero que sigue teniendo inusitada vigencia; la categoría de Legado se asocia inevitablemente al pasado, sin tratarse, empero, de una mera descripción historiográfica que da cuenta sólo de una realidad anquilosada; esta remisión a la antigüedad mexicana sirve como base de lanzamiento de un proyecto civilizatorio distinto, es la recuperación de un pasado para cambiar el paradigma negativo de la opresión y la marginación de la cultura mesoamericana; por último, la categoría de Conflicto, nos muestra el *statu quo* de la realidad mexicana, caracterizada por su pluralidad cultural, pero acompañada de la paradoja de su negación; se trata del difícil y engorroso presente nacional que, sin embargo, bajo la visión de Vieyra puede dar cuenta de un alternativo proyecto a las aberraciones cometidas anteriormente para la formulación de un futuro distinto en que la nación mexicana se reconozca finalmente como plural desde el punto de vista cultural y, una vez

reconocida como tal, actúe en consecuencia, a través de su sociedad civil y sus gobiernos.

Difícil, ciertamente, pero la lectura de un libro como éste puede facilitar la vía de apertura hacia *otro* camino civilizatorio, hacia *otros* escenarios culturales y educativos, hacia *otro* México que, desde su pasado (legado), piense en su presente (conflicto) y pueda proyectar su futuro (utopía) como posibilidad real de construir un país multicultural y entonces verdaderamente rico.